

Y nada, siempre lo mismo; sin embargo, era la hora de la salida de los talleres de los boulevares.

Las costureras, las modistas de la calle de la Paz desfilaban en grupos, coquetas, elegantes, risueñas, cansadas, sin embargo, por un largo día de trabajo.

Y en aquella multitud Bernardo Chavarux no encontraba á Aurora ni nada que se le pareciese.

Había entrado en la calle de la Paz, de allí volvió á la Plaza de la Magdalena por el boulevard, después de haber consultado su reloj.

La exactitud es una virtud que no cuesta nada. La tenía.

A las ocho en punto se paró en la acera enfrente de la casa Durand.

Justamente en aquél momento, un cupé tirado por un caballo bayo de primer orden, se detuvo cerca de él.

Se abrió la portezuela y un caballero de aire distinguido, de una elegancia irreprochable, un verdadero gentleman, joven y bien parecido, se apeó del coche.

Y al ver á Chavarux, preguntó saludando:

—¿El señor Bernardo Chavarux, creo?

Bernardo contestó en el mismo tono:

—¿El señor barón Saint Aubin?

—Sí, señor.

El barón hizo una seña al cochero, el cual volvió su caballo hacia la calle Real, y dijo á su invitado indicándole la puerta del restaurant:

—Entrad.

XIX

Ave de rapiña.

Entraron en una sala de la planta baja.

En un rincón había una mesa desocupada.

A ella se dirigieron los recién llegados.

El barón era uno de esos clientes con quienes los dueños de los establecimientos se muestran siempre solícitos.

Así es que en cuanto Durand notó su presencia en el establecimiento, se apresuró á ir á recibir sus órdenes, preguntándoles con una mirada.

Saint-Aubin contestó distraidamente:

—Sí, aquí estaremos bien.

Al mismo tiempo indicaba á Bernardo Chavarux un sitio.

Cuando estuvieron sentados, volviéndose al dueño del hotel ordenó:

—Dos docenas de ostras, puré Condé, truchas escabechadas... Bueno, y después dos perdices trufadas, ensalada, y luego veremos.

—¿Qué vino?

—Saint Emilion...

Entonces el barón Máximo se volvió hacia su invitado, preguntándole:

—¿Os parece?

—Muy bien.

Bernardo había perdido parte de su desconfianza.

Ya lo hemos dicho. Se agitaba en medio de aquella vida de París como en su elemento.

—Creía—dijo al barón,—que teniais que hablarme de cosas...

—¿Misteriosas?

—Sí, digo, ó al menos que no debe uno contar delante de todo el mundo...

—Pehts— hizo el barón,—cuando tengais un poco más de costumbre sabréis, querido, que nunca se está tan solo como en medio de la multitud... Así es que, mirad á nuestro alrededor, hay más de treinta ó cuarenta personas. Observadlas, cada una se ocupa de lo que la tiene cuenta, este de su compañera la hermosa rubia que lleva tan bonitas turquesas en las orejas; esos otros dos de algún asunto del que hablan con animación... Nadie piensa en sus vecinos, á menos que entre ellos haya mujeres bonitas... Aunque yo os propusiera matar á un tío, si lo tuviera, concluir con toda una sucesión, no tengais cuidado que nadie lo sospecharía... Pero estad tranquilo, no se trata de eso.

—¿De qué, entonces?—preguntó sencillamente Bernardo Chavarux.

Llevaron las ostras y el vino.

—¿Tal vez hubieráis preferido Sauterne?—observó el barón.

—No, á fé mía, me es igual—dijo Bernardo, desechando el resto de desconfianza que le quedaba.

—Si no me engaño,—repuso Saint-Aubin metiendo mano á las ostras é invitando con un gesto familiar á su convidado para que hiciese lo mismo;—habéis venido á París con idea de hacer fortuna.

—Me tendríais por un tonto si así no fuera. Sí, quiero ganar dinero, mucho si es posible; como todos los que salen de su provincia, como vos mismo, supongo señor barón. Solo

que entre nosotros dos hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Que vos ya lo habeis conseguido y yo sabé Dios si llegaré á realizar mis deseos.

—¡Oh!—dijo Saint Aubin con indiferencia—No se debe juzgar por las apariencias. Yo he vivido sin privarme de nada, gastando con largueza; así es, que puedo aseguraros que no he hecho economías.

—¡Diablo!—pensó Chavarux,—he ahí una tontería que yo no cometeré.

Y dirigiéndose al barón:

—Exagerais—dijo.—Nada, es bien poca cosa.

—La gran vida cuesta mucho.

—¡El vino, el juego, las mujeres!...

—¡Eh! sí, el vino, el juego, las mujeres... Sí, pero mi querido compatriota, entre estas tres causas de ruina hay una notable diferencia. El vino no es caro, aunque sea bueno; probad este. ¡Las mujeres no despluman más que á los tontos!... En cuanto al juego confieso que es más peligroso.. Y la prueba es la hecatombe de pobres diablos que hace todos los días, y entre ellos los hay que no son imbéciles, vuestro servidor, por ejemplo.

—¿Entonces es el juego el que?...

—Sobre todo.

El barón hizo un gesto de suprema indiferencia.

—¿Qué importa—dijo—que se prodigue el dinero si se sabe donde encontrarlo?

—¿Y vos sabéis?...

—Como lo sabréis vos muy pronto, con un poco de experiencia... No debe preocuparos vuestro porvenir, no.

—Pero...

—Teniendo vuestra sangre, se sale fácilmente de apuros... Antes de diez años habréis hecho vuestro negocio...

—¡Eh! ¡eh!

—Sí, encontraréis el camino que os conducirá al fin de vuestros...

La frase del marqués quedó cortada.

Un mozo quitó las conchas de las ostras, otro trajo el puré; ambos desaparecieron como por encanto.

—¿Deciais?...—preguntó Bernardo Chavarux.

—Decía que lo que necesitáis es una buena suma destinada á vuestras operaciones futuras en la carrera del notariado ó en las especulaciones... Entre nosotros, las especulaciones serían preferibles... Se hace antes negocio.

—Pero el notariado es más seguro.

—¡Quiá! ¡quiá!... En fin, no discuto; es cuestión de gusto.

El barón tocaba la cuerda sensible de Bernardo... Tenía las mismas ideas, y además el pasante presentía que iba á proponerle la fuerte suma á que acababa de aludir.

Saint-Aubin concluyó diciendo:

—Cien mil francos, por ejemplo.

El corazón del digno hijo de Claudia saltó de alegría; pero disimuló, y dijo tranquilamente:

—Mejor serían doscientos.

¿Pero adónde quería ir á parar su anfitrión? Bernardo había concluido el puré.

Miró con fijeza al barón.

—¡Diablo, diablo!—dijo éste para sí.—Yo que quería deslumbrarle. Me parece decidida-

mente más fuerte que yo pensaba, y, sobre todo, más voraz. Esto no es un sollo, es un tiburón.

Y pareció ocuparse únicamente de la comida.

Durante algún tiempo permanecieron ambos pensativos, y el barón no dirigió la palabra á su convidado más que para preguntarle:

—¿Qué os parecen estas truchas?... ¿Y estas perdices?... ¿Cómo encontráis este vino?

—Buenas... Muy bien... Excelente—contestó Bernardo.

—¿Le habré espantado?—decía para sí.—Es preciso no ser tan exigente. Si yo tuviese siquiera cien billetes de mil francos...

Y él fué quien á los postres volvió á poner la cuestión sobre el tapete.

—No me habeis dicho todavía...

—¿De qué se trata?

Bernardo se inclinó.

—¿Quereis un cigarro?—preguntó el barón sacando una magnífica petaca de taflete con iniciales de oro.—No os importe. Aquí todo el mundo fuma. Imitad á esa rubia. ¿Qué os parece?

Saint-Aubin indicaba con un gesto discreto la señora de las turquesas, que encendía un cigarrillo.

Chavarux eludió la pregunta.

Los cien mil francos del barón bailaban ante sus ojos.

—Comprenderéis—repuso siguiendo su idea—antes de fijar una cantidad en un asunto, es preciso conocer su naturaleza, el trabajo que ha de dar, y por fin el beneficio que puede reportar.

El barón no anduvo con rodeos.

—Os he dicho cien mil, pero pudieran ser doscientos, sólo en caso de éxito, bien entendido, aunque creo que con ciento estarían bien pagados vuestros informes.

—Si no se trata más que de algunas palabras...—dijo Chavarux, muy conciliador.

—¿Acceptais?

—Acepto.

—Si necesito vuestra ayuda para salir bien con la empresa y el resultado es bueno, doblaré la suma.

Los ojos de Bernardo brillaron como lámparas eléctricas.

Y en su entusiasmo, exclamó con el acento de su país:

—¡Trato hecho! ¡Queda convenido!

El barón sonrió.

—He aquí el asunto. Vos habéis querido casaros con una cierta joven...

—¿Aurora Milton?

—Efectivamente. Vuestros proyectos han fracasado. En suma, no os ha querido ella.

—Es verdad.

—Ha hecho mal, no dudo en reconocerlo. Vos iréis lejos.

—Si puedo—dijo Chavarux.

—Pero, en fin, habéis tenido que renunciar á esa boda.

—Por fuerza.

—Luego podéis ser franco conmigo. ¿Por qué queríais casaros con esa Aurora Milton?

—Porque me gustaba.

—¿Como mujer ó como heredera?—preguntó Saint-Aubin.

—Pero...

—En dos palabras: ¿es rica?

—¡Oh, no!

—Puede ser que por el momento no lo sea. ¿Pero pensábais vos que pueda llegar á serlo? Bernardo se sonrió.

—Tal vez—dijo.

—¿Qué os lo hace suponer?

—Todo y nada.

—Precisad...

—Detalles insignificantes á los que no doy importancia...

El barón sirvió á su convidado una copa de cognac, pero esta atención no hizo perder la brújula al hijo de la Claudia.

Dispensadme—observó.

—Dios me guarde de dudar de la palabra de un honrado gentleman, como vos... Pero todos somos mortales. ¿Quién me garantizaría lo que me ofrecéis?

—¿Quién?

—Si.

—Mi buena fe desde luego.

—Es excelente, pero los tratantes dicen que no hay nada que valga tanto como una palabra escrita.

—¿Y vos la quereis?

—Si es posible...

El barón sacó del bolsillo una carterita con iniciales, como la petaca, y cogió una tarjeta, en la que escribió con lápiz:

«En el caso de que me case con la señorita Aurora Milton, me comprometo á entregar al señor Bernardo Chavarux la suma de doscientos mil francos como minimun, y esto á título de comision por sus buenos oficios.»

Firmó y dijo á Chavarux:

—Leed. ¿Es eso lo que queriais?

Bernardo Chavarux se puso lívido al leerlo:

—¡Ah!—dijo al cabo de un instante—¿es un matrimonio lo que quereis?

—Antes lo habeis deseado vos, ¿no?

—¿Y si yo lo deseara todavía?

—Querido—dijo Saint-Aubin con tono des-
envuelto;—os prevengo desde luego que sería
inútil...

—¿Por qué?

—La señorita Milton no os quiere, ya os lo
ha probado, y además.

—¿Qué?

—Además—dijo el barón con la mayor frialdad, porque me compadezco de aquellos que se pongan en mi camino, lo mismo de vos que de otro cualquiera.—Añadió con tono de decisión:

—Yo quiero casarme con esa joven. Esto entre nosotros... ¡Lo quiero firmemente y desgraciados de aquellos que quisieran impedirmelo! Es mejor para vos en este asunto ser mi amigo que mi adversario. ¿Entendéis?

—Perfectamente.

El barón puso un dedo sobre la tarjeta.

—¿Veis?—repuso—digo cien mil francos como «minimum.» ¡Y ya es una buena suma!... Cuanto mayor sea el beneficio, mayor será vuestra parte. Confiad en mi. Pero si decís una palabra de este asunto á quien quiera que sea, parientes, amigos ó extraños no hay nada de lo dicho. Os declaro la guerra.

Bernardo Chavarux reflexionó dos segundos.

—Prefiero la paz—dijo.

—¡Y tenéis mucha razón!... Tanto más cuan-

to que no podéis tener esperanza alguna.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé... Ahora contadme lo que sabéis.

Chavarux contó al barón la infancia de Aurora: como había sido llevada á Vichy; la ignorancia en que estaba de su origen.

El señor Pilet-Desbuttes no sabía más que los demás. Era inútil dirigirse á él. No diría nada porque nada sabía. La señora que había tratado con él, era una desconocida. En esto había un misterio que no se podía aclarar.

El había creído durante mucho tiempo que la casualidad revelaría á Aurora el secreto de su nacimiento, que sus padres debían ser ricos; pero había perdido toda esperanza.

¿Cómo y porqué la habían abandonado?

Imposible saberlo.

El no podía decir nada más.

El barón le escuchaba con atención y su convicción aumentaba á medida que hablaba Bernardo.

Dos mujeres habían ido á tratar el asunto con el señor Pilet-Desbuttes.

Esto era en el momento preciso en que la señorita de Arvil había debido dar á luz en Suiza, en Lugano.

Aquellas dos mujeres, las dos de edad, no podían ser otras que la condesa de Arvil y su doncella de confianza.

Ahora bien; éstas habían parecido en la catástrofe de Bellegarde, al volver de su excursión al Bourbounais.

Todos aquellos hechos se encadenaban para demostrar á una imaginación menos perspicaz que la del barón, que había al menos grandes probabilidades de que aquella Auro-

ra Milton fuese la hija de la señorita Arvil.

Hizo algunas preguntas á Bernardo, que no pudo darle otros informes, y á cosa de las diez pidió la cuenta.

Después condujo á Bernardo hacia los boulevares.

La noche estaba muy fría; el aire era seco.

—Mal tiempo para las pobres gentes que no tienen dinero—dijo.—Esta noche va á helar horriblemente. ¿Tenéis noticias de la Auvernia, Chavarux?

Trataba al pasante como amigo.

El otro sacudió la cabeza.

—¿Respecto á Aurora?—preguntó.

—Sí.

—No, ninguna.

—Debe estar en París.

—Es cierto.

—La compadezco, si no tiene dinero.

—No tiene un céntimo, ni su amiga tampoco—afirmó Chavarux.

—¿Qué amiga?

—La señorita de Solmes, una de sus compañeras de colegio, que ha abandonado el país con ella. Se había creído que iba á casarse con un tal Marcelo Danglas, hijo de un presidente de sala de la Audiencia de Riain. Pero ¡quién! Los de Solmes no tenían un céntimo. Nada más que deudas. Todo estaba hipotecado. Murió el padre. Los bienes, ó por mejor decir, lo que quedaba, estaba ya vendido. Ese Marcelo Danglas se casó con la hija de un banquero de Moulins, millonario, y es juez en París. Eso es mejor que casarse con una joven por sus hermosos ojos. La señorita de Solmes no debe haberse separado de su amiga; pero necesita

ingeniarse para ganar dinero, porque ni la una ni la otra lo tienen.

—¡No es fácil!—dijo friamente Saint-Aubin.—Aquí no hay buenas ocupaciones para las mujeres.

Pensaba en la triste cara que había visto á Aurora al entrar.

Evidentemente no había encontrado todavía ninguna mina en París, donde se había refugiado.

Todo lo probaba.

Con una mirada se había él dado cuenta de la situación.

Aquel lio que llevaba como una obrera; aquel vestido tan pobre, decían demasiado su situación.

—¿Y vos—preguntó á su vez Bernardo—la habéis visto?

Una mentira no costaba nada al barón.

—No—dijo;—pero después de mi último viaje á Aubignac, su recuerdo no se separa de mí. Su historia es extraña, convenid en ello.

Añadió algunas palabras muy á propósito para enfriar á Bernardo Chavarux y disminuir sus esperanzas.

Sin volverse atrás de sus promesas, le echó un jarro de agua por la cabeza.

Había creído que él sabía más: en el fondo no le había dicho nada nuevo, y por ciertas circunstancias que concurrían, resultaba para él que aquella joven no era la que él había podido suponer.

Sin embargo, lo convenido entre ellos, quedaba convenido, y no sería él quien faltase á su palabra.

Se separaba de Bernardo Chavarux, encan-

tado del nuevo conocimiento que acababa de hacer.

—Seremos buenos amigos, si queréis—concluyó diciendo;—y aparte de este asunto común, podéis disponer de mí para cuanto me necesitéis; pero silencio.

—Entendido.

Se separaron en la plaza de la Opera.

Bernardo volvió lentamente á su casa.

El barón le había conquistado, lo que no era fácil.

El barón, cuando se quedó solo, se preguntó qué iba á hacer.

Aurora Milton era, sin duda alguna, la hija de Magdalena de Arvil; ¿pero en dónde encontrar las pruebas? Y, por otra parte, ¿cómo conocer los verdaderos sentimientos que su madre podía tener hacia ella?

—No hay prisa—pensó Saint-Aubin;—veré á la señora Chagny.

Y al mismo tiempo sintió un deseo grande de venganza, por la ligereza con que le había tratado aquella rubia sonriente y burlona.

Amable, sin duda, graciosa y cortés, pero tan sutil y cáustica.

¿No se había burlado un poco de él?

—Al freir será el reir—pensó.

Pero esta era la menor de sus preocupaciones. La principal consistía en el estado de su bolsillo.

En pocos días, en una semana lo más, quedaría vacío.

¡Ya no habría más recursos!

¿Dónde encontrarlos?

El sostenimiento de su casa le costaba mucho.

Y, además, tenía que cuidarse de Olimpia Audral.

Mientras que sus socios habían estado funcionando había podido sostenerla; pero desde el momento en que aquéllos dejaron de fabricar billetes, Olimpia era para él una carga con que no podía.

El barón estaba excitado.

Sus dedos se crispaban y se sentía perdido.

En el momento en que, indeciso, parado en el pórtico de la Opera, buscaba un medio de salir del atolladero en que estaba metido, una voz clara le preguntó:

—¿Qué hacéis aquí, querido?

Era la del marqués Raimundo de Caylus.

El joven parecía de buen humor, y, en efecto, el encuentro imprevisto que había tenido aquella mañana en el boulevard de San Germain le producía una gran alegría.

Mostró con el dedo las ventanas de un Círculo situado en la misma plaza, y dijo:

—¿Vamos allí?

—Como queráis.

—¿Intentaréis fortuna?

—¿Por qué no? ¿Y vos?

—¡Oh! Yo no arriesgo más que algunos lises por pasar el rato. ¿Sabéis?

—¡Sois un sabio!—dijo Saint Aubin muy burloso.

—¡En eso sí! Además, para mí, nada vale tanto como el amor, y he hecho un descubrimiento.

—¿Vos?

—Esta misma mañana.

—¿Algún tesoro?

—Inapreciable.

—¿Dónde?

—Ese es mi secreto.

—¿No me lo confiaréis?

—¡Por el momento, no!

—Os creía estragado.

—Lo estoy; pero á veces se puede uno dejar coger...

—¿Y lo estáis?

—Sí.

—¡Hombre feliz!

—¿Feliz?... Todavía no; pero estoy decidido á todo por llegar á serlo... ¿Venís?

Subieron la ancha y alfombrada escalera.

Los camareros les quitaron los abrigos y entraron.

La sala del bacarrá, del terrible bacarrá que á tantos arruina, estaba muy iluminada.

La partida era enorme.

Bajo las lámparas veladas por pantallas de seda, montones de oro, de billetes y de fichas cubrían el tapete verde.

Dos horas después, el marqués Raimundo de Caylus decia á Saint-Aubin:

—Me debéis un gran cirio, ¿eh? ¡Sin mí estaríais durmiendo, y he ahí que sois rico!

Después de varias peripecias, el barón, que tallaba sin puerta, tenía lo menos cuarenta mil francos ante él.

Su capital se había cuadruplicado.

Tiró las cartas sobre la mesa y dijo:

—Caballeros, tengo el honor... Buena suerte, y hasta la vista.

Cuando montó en un coche del establecimiento, y en el trayecto hasta su casa, se decia:

—Y ahora nos ocuparemos de la otra... Tengo el nervio de la guerra... La campaña no

debe ser ni larga ni difícil. ¡Nos veremos, señorita Milton!

El barón debía tener todas las suertes á la vez.

Al entrar en su casa, encontró una carta de Londres.

Aquella carta, aunque algo enigmática, le tranquilizó.

No decia más que lo siguiente:

«Peligro alejado. Falsa alarma. Pero prudencia y paciencia.

»S.»

El aventurero se frotó las manos.

Decididamente, su estrella no habia hecho más que palidecer.

Todo debía sonreírle todavía.

Sucediese lo que quisiese, era rico por algún tiempo, por seis meses lo menos.

Además, la prensa para billetes de los Gänrbach no estaba rota definitivamente.

Y en fin, tenía un negocio soberbio.

Se acostó satisfecho del día, y pocos minutos después dormía como un lirón.

Los acontecimientos debían arrastrarle más de prisa y más lejos de lo que él pensaba, á tomar un giro que él no preveía.

XX

¿Por qué?

Después de la partida del marqués Raimundo de Caylus, Aurora se había vuelto á encon-